

“Que veinte años no es nada”. La contribución de Jorge Larraín al desarrollo de la sociología (de la modernidad) en Chile

Daniel Chernilo

UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

“Que veinte años no es nada” nos dice Carlos Gardel en una de las frases más célebres de la historia del tango. Pues bien, quiero usar de esa referencia como pie forzado puesto que fue el año 2004 que me incorporé, con doctorado recién terminado y proyecto de postdoctorado Fondecyt recién adjudicado, al entonces Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado, cuyo director era Jorge Larraín.

A Jorge lo había conocido algunos años antes, a mediados de la década de los noventa, cuando fui su estudiante de pregrado en un curso de sociología del desarrollo en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Las clases, a las que, por supuesto, Jorge llegaba puntualmente, debían comenzar a las 8.30 am, pero por lo general partían más tarde con sólo uno o dos estudiantes de los más de treinta inscritos que tenía la asignatura. De esas clases, tengo grabada su claridad para desentrañar y explicar los argumentos teóricos más complicados. Con el tiempo, aprendí que esa precisión es una de las características más notables de su trabajo académico. En sus textos no hay argumentos desprolijos escondidos bajo conceptos falsamente eruditos; en sus intervenciones, preguntas aparentemente sencillas apuntaban siempre al corazón de lo que se estaba discutiendo.

Recuerdo también, y con especial cariño, la confianza que depositó en ese arrogante aprendiz de académico para comenzar a diseñar un doctorado en sociología, el primero que se abriría en Chile, y que admitió a su primera cohorte en la Universidad Alberto Hurtado en 2006. Algo habrá visto Jorge en mí como para confiarme ese proyecto y no me queda más que agradecerle esa imprudencia. Pero más que mis posibles merecimientos, es evidente que Jorge no tenía muchas opciones en ese momento para encomendar esa tarea: éramos muy pocos los que veníamos retornando a Chile con formación doctoral reciente en sociología. Pero más allá de la falsa modestia o su (im)prudencia en encargarme esa tarea, me quedo sobre todo con la libertad que Jorge nos entregó para sacar adelante ese proyecto, y valoro de sobremano su convicción de *que si queríamos convertirnos algún día* en un departamento académico de verdad, si la sociología en Chile iba algún día a convertirse en una disciplina madura, teníamos la *obligación* de tener nuestro propio doctorado. Institucionalmente, un doctorado es expresión de la madurez y solidez de un proyecto universitario; pedagógicamente, es aceptar la responsabilidad intergeneracional de formar a los académicos del futuro; intelectualmente, es tomar el compromiso de no dejar nunca de investigar y publicar. De hecho, sin importar cuan ocupado podía estar con sus clases u otras tareas administrativas, en su computador había siempre abierto un archivo donde Jorge estaba escribiendo su último paper o libro. En los más de cinco años que trabajamos

juntos, nunca entré a su oficina sin divisar de reojo, en la pantalla de los enormes *Apple* de la época, un texto académico en preparación. Rigor analítico, visión universitaria y vocación académica me parece que resumen bien tres de las virtudes de Jorge Larraín.

Todas estas razones biográficas me comprometen a rendir homenaje a quien, en Chile, me abrió por primera vez las puertas de una institución universitaria. Pero la celebración de la contribución de Jorge Larraín al desarrollo de la sociología en Chile no se agota en la fortuna de quienes tuvimos la oportunidad de trabajar y aprender de él. Muy por el contrario, frente a nosotros tenemos una obra sólida que nos seguirá alimentando intelectualmente por mucho tiempo. Por eso, en lo que sigue, quiero detenerme en la forma en que Jorge aborda la pregunta por la modernidad, en general, y por la modernidad latinoamericana, en particular. Más precisamente, voy a destacar lo que creo son tres de sus argumentos más significativos. Hacia el final realizaré también algunos juicios críticos.

El primer argumento es la convicción de Jorge de que una comprensión genuinamente sociológica de la modernidad no puede continuar entendiéndola como un proceso lineal, homogéneo u orientado teleológicamente. Por el contrario, la modernidad debe comprenderse como una serie compleja de fenómenos que se entrelazan, de manera diversa y con temporalidades dispares, en distintas partes del mundo (Moore, 1966). Para ello, Jorge recurre a la literatura más actualizada de aquella época que ya hablaba de que la modernidad tiene *múltiples trayectorias* (Therborn, 1995). Por un lado, la modernidad es una sola en el sentido de que se constituye, tanto institucionalmente como en sus horizontes de sentido, en un orden social global. Institucionalmente, la modernidad está asociada a una economía donde el mercado separa definitivamente capital y trabajo, a la democracia política definida por la soberanía popular, y al carácter sistemático de las innovaciones científicas y tecnológicas. Desde el punto de vista de su horizonte normativo-cultural, la modernidad tiene en el centro las ideas de autonomía pública y privada: personas y grupos aspiran a tener capacidad y autoridad para decidir libremente sus formas de gobierno, los dioses a los que rezamos (o les dejamos de rezar), el color de las zapatillas que usamos y a quien invitamos a compartir nuestro dormitorio. Por el otro, la modernidad es múltiple porque no hay una única forma de capitalismo ni de democracia, así como tampoco hay una única forma de actualizar sus valores. Es por ello que, si bien Europa es moderna, modernos son también Japón, los Estados Unidos o América Latina. De lo que se trata entonces es de comprender cómo son esas modernidades múltiples (Larraín, 2000).

Un segundo argumento es la afirmación que la *experiencia* de la modernidad en América Latina es un proceso lleno de paradojas: “nacimos en la época moderna sin que nos dejaran ser modernos: cuando pudimos serlo, lo fuimos solo en el discurso programático y cuando empezamos a serlo en la realidad, nos surgió la duda de si eso atentaba contra nuestra identidad” (Larraín, 1997, p. 314).

La modernidad latinoamericana está entonces constituida en esta tensión entre el dicho y el hecho, la teoría y la práctica, lo ideal y lo real. Dado que esa brecha está siempre presente y no se la cuestiona nunca, Jorge nos dice que incluso en la multiplicidad de argumentos “favorables, indiferentes u opuestos a la modernidad, todos la conciben como un fenómeno eminentemente europeo que solo puede entenderse a partir de la experiencia y autoconciencia europeas” (Larraín 1997, p. 314). Jorge observa con razón que intelectuales católicos y liberales, nacionalistas, marxistas

y modernizadores, todos por igual reproducen la visión de que, para América Latina, la modernidad es tan inevitable como ajena.

La tercera tesis de Jorge, que creo central para comprender la modernidad latinoamericana, es que en el continente esta paradoja de la experiencia moderna queda construida como una *tensión*, aparentemente insalvable, entre *modernidad e identidad*. Cada uno de esos momentos es visto como los dos polos de un continuo que va desde instituciones y valores totalmente extranjeros a instituciones y valores genuinamente propios y auténticos. Frente a esa visión maniquea de comprender las relaciones entre modernidad e identidad, Jorge ofrece un argumento donde lo que prima son sus interrelaciones. Lo cito nuevamente:

La modernidad latinoamericana no es ni inexistente, ni igual a la modernidad europea, ni inauténtica. Tiene su trayectoria propia y sus características específicas, sin perjuicio de compartir muchos rasgos similares. La trayectoria latinoamericana hacia la modernidad es simultáneamente parte importante del proceso de construcción de identidad: no se opone a una identidad ya hecha, esencial, inamovible y constituida para siempre en el pasado, ni implica la adquisición de una identidad ajena (...) tanto la modernidad como la identidad en América Latina son procesos que se van construyendo históricamente y que no implican necesariamente una disyuntiva radical, aunque puedan existir tensiones entre ellos (Larraín, 1997, p. 332).

Con esto quedan explicadas, me parece, algunas de las fortalezas principales de la sociología de la modernidad de Jorge Larraín. Lejos de cualquier idea de modernización tecnocrática, poscolonialismo esencialista o marxismo redentor, su teoría de la modernidad está basada, *sociológicamente*, en una concepción compleja sobre las relaciones entre universalismo y particularismo, entre agencia (actores locales) y estructura (contextos globales). *Históricamente*, su argumento se concentra en la interacción entre factores ideales y factores materiales, es decir, en cuestiones identitarias y dinámicas sociopolíticas.

Ya en esa época, escribimos con Aldo Mascareño un artículo que, desde una perspectiva teórica distinta, no solo es tributario de estas ideas de Jorge, sino que comparten buena parte de su orientación general (Chernilo & Mascareño, 2005). Es desde allí que quisiera terminar estas breves líneas con algunas reflexiones críticas sobre esta forma de comprender la modernidad que Jorge nos ofrece. Sobre todo, creo que debemos ser más exigentes con en la idea de que América Latina, y lo mismo vale para distintas partes del mundo, han conformado trayectorias diversas de *la modernidad* y no *hacia la modernidad*. Si la modernidad es un conjunto de instituciones y horizontes de sentido que por siglos se han venido conformando de manera diversa y contingente en distintas partes del mundo, lo que la sociología demanda es estudiar esas trayectorias evitando *cualquier indicación hacia un posible punto de llegada*. Me parece que esta formulación de la idea de trayectorias *a o hacia* la modernidad mantiene aún alguna ambigüedad a este respecto.

Una radicalización similar podría extenderse a las tesis respecto de la especificidad que tendría tanto la experiencia latinoamericana de la modernidad, así como la tesis de

“Que veinte años no es nada”. La contribución de Jorge Larraín...

que en el continente modernidad e identidad son polos opuestos. Mi impresión es que, para el caso de ambos argumentos, ellos no se aplican únicamente a aquellas regiones del globo en que las instituciones y valores originarios de la modernidad no serían “autóctonos”; de hecho, como vimos en las citas de Jorge, la idea misma de que hay tal cosa como valores e instituciones autóctonas queda en entredicho. Mas bien, ellos deben comprenderse como expresión de la condición global de la modernidad *en general* (Luhmann, 2007). Ya desde sus formulaciones canónicas, donde la idea de modernidad se opone y viene a reemplazar a la “tradición” –la solidaridad orgánica reemplaza a la solidaridad mecánica, el universalismo del logro a la adscripción del estatus, los lazos contractuales de la sociedad a los vínculos identitarios de la comunidad– es plausible afirmar que la experiencia de cambio radical al que apunta lo moderno entiende el espacio de la comunidad, de la tradición, o de la solidaridad mecánica, como aquel momento primigenio y original que se deja atrás (Germani, 1965; Parsons, 1971). En ese sentido, no hay experiencia moderna alguna que quede fuera de la tensión de que, con su arribo, hay algo “esencial” que se pierde de forma irrecuperable y es el precio que debemos pagar por el progreso y bienestar que la modernidad trae consigo (Simmel, 2022). De más está decirlo, esa tensión por supuesto que se expresa de manera distinta en distintas partes del global.

Termino entonces con la referencia con que comencé. No soy nadie para cuestionar la sabiduría existencial del zorzal criollo sobre que “veinte años no es nada”. Pero, en lo que respecta a su propia trayectoria, la sociología chilena hoy es irreconocible respecto a lo que era hace dos décadas. Y en ese proceso de maduración y consolidación, Jorge Larraín jugó un papel fundamental tanto institucional como intelectualmente.

Mis agradecimientos a Alexis Cortés por la idea, y al comité científico del duodécimo *Congreso Chileno de Sociología*, por la acogida a este merecido homenaje a Jorge Larraín.

Referencias bibliográficas

- Chernilo, D., & Mascareño, A. (2005). Universalismo, Particularismo y Sociedad Mundial: Obstáculos y Perspectivas de la Sociología de América Latina. *Persona y Sociedad*, XIX(3), 17-45.
- Germani, G. (1965). *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós.
- Larraín, J. (1997). La trayectoria latinoamericana a la modernidad. *Estudios Públicos*, 66, 313-333.
- Larraín, J. (2000). *Identity and modernity in Latin America*. Polity Press; Malden, MA: in association with Blackwell.
- Luhmann, N. (2007). *La Sociedad de la Sociedad*. Herder.
- Moore, B. (1966). *Social origins of dictatorship and democracy: Lord and peasant in the making of the modern world*. Beacon Press.
- Parsons, T. (with Internet Archive). (1971). *The system of modern societies*. Prentice-Hall. <http://archive.org/details/systemofmodernso00pars>
- Simmel, G. (2022). *Introducción a la ciencia de la moral. Una crítica de los conceptos éticos fundamentales*. Gedisa.
- Therborn, G. (1995). *European Modernity and Beyond: The Trajectory of European Societies, 1945-2000*. SAGE Publications.

Sobre el autor

Daniel Chernilo. Profesor Titular de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez y Profesor Visitante de Pensamiento Social y Político de la Universidad de Loughborough. Es autor de numerosos artículos académicos y entre sus libros destacan *Debating Humanity. Towards a Philosophical Sociology* (Cambridge University Press, 2017), *Sociología Filosófica. Ensayos sobre Normatividad Social* (LOM, 2021) y *Humanos en el Antropoceno. Globalización, Secularización, Cosmopolitismo* (Metales Pesados, 2025).